

Mira Caballos, Esteban. *Francisco Pizarro. Una nueva visión de la conquista del Perú*. Barcelona: Crítica, 2018. 412 pp.

Este libro del profesor Esteban Mira Caballos significa, como queda expresado en su título, no solo una biografía del conquistador del Perú. Una más que engrosa la extensa bibliografía sobre el personaje, que sin duda enriquece el conocimiento de su figura como protagonista de la empresa de la conquista de América, dándole una perspectiva en comparación con la inevitable referencia a la de Hernán Cortés; el otro gran artífice del comienzo de la nueva etapa de la historia del Nuevo Mundo, tan antiguo en sí mismo, que se inaugura con su incorporación a la de la Historia Universal desde que el Almirante Cristóbal Colón diera a conocer su existencia en 1492.

El libro se estructura como un *continuum*, con una introducción, seguida de siete epígrafes, un epílogo, una conclusión, y un análisis de las fuentes, cuyas referencias incorpora en un índice que comprende crónicas, historias y fuentes antiguas, seguido de otro de bibliografía contemporánea. A este cuerpo de su trabajo que se extiende a lo largo de 244 páginas, incorpora un apartado de apéndices documentales, un glosario, y una cronología general. Las notas, numerosas y bien documentadas a cada uno de los epígrafes, que significan un profundo conocimiento de las fuentes y la bibliografía sobre los temas que trata, cierran este estudio riguroso, que culmina con un completo índice alfabético.

En su introducción, Esteban Mira advierte el desfase entre la historiografía europea y la española del siglo XX sobre el tema. Ésta más proclive a las biografías hagiográficas de los conquistadores, y con frecuencia a la comparación entre Cortés y Pizarro. También en este terreno cabe clasificar a los autores como *cortesianos* y *pizarristas*. Los primeros, afines a la postura de los *almagristas* en la documentación sobre la conquista del Perú. Un debate que no se resuelve fácilmente porque cada generación se plantea nuevas preguntas sobre su pasado; aunque como este autor reconoce, aún es posible trazar nuevos perfiles a la luz de documentos inéditos que todavía pueden ser encontrados. Es este un tema que desarrolla más ampliamente en el epígrafe 2 del libro: el personaje.

En él, y como consideraciones previas a la semblanza y biografía de Francisco Pizarro, aclara con argumentos sólidos que éste nunca mantuvo una relación personal con Hernán Cortés, previa a la conquista del Perú, a pesar de su parentesco como tío y sobrino. Extremo que documenta en el Apéndice I con el árbol genealógico de la ascendencia común de ambos. Lo que no significa que el sobrino no se propusiera emular la hazaña de su pariente. Si hubo algo entre ellos fue más bien, subraya Mira, una *batalla de propaganda* que libraron en realidad los escritores cortesianos, que consiguieron deformar negativamente la figura de Pizarro, aceptando las denuncias de los *almagristas* para ensalzar la de Cortés. Aunque sin duda es preciso considerar que además de la indudable superioridad intelectual de éste, y su mayor habilidad diplomática, sus biógrafos oficiales sobrevivieron a Pizarro el tiempo suficiente para

que prevaleciera la leyenda infundada de haber sido un simple imitador de las estrategias cortesianas y la de haber sido simplemente un bastardo analfabeto. A partir de este supuesto, el autor de este libro diseña una completa semblanza de la personalidad de Francisco Pizarro para la que aporta una copiosa documentación planteando la hipótesis novedosa de que en realidad no fue hijo natural de Gonzalo Pizarro *el Largo*, sino hijo adoptivo. Subraya su amor por el terruño, su formación, su religiosidad, su condición como guerrero, su superioridad moral, y sus dotes incuestionables como gobernador y poblador de un territorio inmenso, el Tahuantinsuyu, espacio de la mayor formación política de la América prehispánica.

El pasado histórico y cultural de ese Estado es el tema que se desarrolla en una síntesis bien elaborada en el epígrafe 1 del libro: Auge y ocaso de los Incas. Planteamiento imprescindible para comprender la dimensión de la empresa que lideró Pizarro como primer fundador del virreinato del Perú, espacio en el que se configuraron las actuales Repúblicas de Ecuador, Perú, y Bolivia. Las características de esa geografía diversa y fragmentada, sus condiciones climáticas y su población multiétnica fueron dificultades que los Incas superaron con la implantación de instituciones que Mira describe, para fijar más su interés en el desarrollo histórico y en la mejor conocida etapa final, de crisis y disensiones que facilitaron la entrada de los españoles y una conquista que no fue ni fulminante, ni fácil.

La biografía de Francisco Pizarro propiamente dicha comprende los epígrafes siguientes:

- Origen, nacimiento y juventud. Se abre con un brillante, riguroso y bien documentado estudio que aporta una información exhaustiva para establecer la genealogía del linaje de los Pizarro de Trujillo, asentados en la ciudad extremeña desde al menos el siglo XIII. Tema que como reconoce su autor le ha resultado dificultoso por tratarse de un apellido usual en diferentes lugares de España y de personajes no relacionados con la estirpe trujillana. La del conquistador, al igual que la de otros ilustres apellidos de la entonces villa, gozaban de una consideración de caballeros, superior a la de simples hidalgos. Y sin tener un gran patrimonio gozaban de una consideración social elevada. Con respecto al lugar de nacimiento del personaje, advierte que está suficientemente documentado, aunque no la de la parroquia o collación de la villa, que el Dr. Mira establece en la parroquia de San Martín, extramuros de la ciudad. En cuanto a la fecha, y basándose en los resultados de los estudios osteológicos de sus restos, localizados en la catedral de Lima en 1977, la fija en el año 1483. Dichos estudios determinan que tenía cincuenta y ocho años cuando murió y la fecha de su asesinato a manos de los partidarios de Almagro el domingo 26 de junio de 1541, consta en numerosos escritos contemporáneos al suceso. El diagnóstico forense viene a confirmar que el cálculo que se había hecho a partir de declaraciones personales del propio Pizarro y de testimonios contenidos en probanzas de méritos no se aleja de este año, aunque según los autores que investigaron sobre el tema, oscilaba entre 1479 y 1483.

Más novedosa, como se ha dicho anteriormente, es la hipótesis de que sus progenitores no fueron los que señala de forma unánime la historiografía pizarrista. A juicio de este autor, “hay dudas razonables sobre los dos supuestos progenitores del conquistador” (p. 67). Es interesante la argumentación de Mira para sustentar que El capitán Gonzalo Pizarro *el Largo*, y Francisca

González *la Ropera*, fueron en realidad padres adoptivos, y que los hijos de ambos habidos en otras uniones aceptaron como hermano de sangre al conquistador del Perú desde su infancia en Trujillo. Pero no deja de advertir que posiblemente nunca logre verificar científicamente esa hipótesis. Las noticias sobre esa infancia transcurrida entre la villa y la heredad familiar de La Zarza, colaborando en las faenas propias de una explotación agropecuaria como un campesino más, son únicamente referencias imprecisas, así como una supuesta estancia en Italia para intervenir junto a su padre en las campañas del Gran Capitán, personaje por el que siempre sintió una profunda admiración. Extremo que tampoco se puede descartar.

- Su vida antes de la conquista. Esa misma imprecisión es la que gravita en las noticias sobre la fecha de la llegada a las Indias, en los primeros años del siglo XVI, y los primeros tiempos y circunstancias de su estancia en el ámbito caribeño. Las menciones a Pizarro y su participación en las empresas de exploración y ocupación de las tierras continentales fuera del espacio antillano bajo las órdenes de otros caudillos, son minuciosamente analizadas. Significan, como señala el autor, la salida del anonimato del futuro conquistador y la forja del soldado curtido en las dificultades que ofrecía el medio físico y la hostilidad de sus habitantes. La que significó el comienzo de su trayectoria, como es bien sabido fue la que dirigió Vasco Núñez de Balboa que culminó con el descubrimiento de la Mar del Sur, el gran Océano Pacífico el 25 de octubre de 1513. El nombre de Francisco Pizarro se inscribe a partir de ese momento en la nómina de los hombres influyentes en la vida turbulenta de los pequeños núcleos urbanos, alterados no solo por las *entradas* en tierras de indios, sino por los enfrentamientos entre los diferentes líderes y gobernadores que competían por ser reconocidos como tales en unas demarcaciones de límites indefinidos. Mira ofrece un relato claro y ordenado de las circunstancias que permitieron a Pizarro alcanzar una posición ventajosa, económica y social, para negociar la constitución de una sociedad o compañía con su antiguo compañero de armas Diego de Almagro y el clérigo Hernando de Luque con el propósito de organizar y financiar una expedición para explorar las tierras costeras del Pacífico, hacia el Sur, en el año 1524. Y advierte que en las cláusulas del contrato hay una descompensación entre las respectivas atribuciones de beneficios y las responsabilidades que cabían a cada uno. Descompensación que generó las diferencias y disensiones entre los socios, que empañaron el inicial y costoso éxito de la empresa con un final dramático y sangriento para los antiguos amigos. No cabe en esta reseña resumir el relato de las incidencias de un viaje de descubrimiento, con etapas azarosas e interrumpidas en varias ocasiones, en las que la presencia de Pizarro como capitán de la hueste fue continua, resistiendo con tesón a mil calamidades. Su lectura en las páginas del libro se hace fácil y atractiva. Las numerosas notas documentan y amplían el texto de esa fase del descubrimiento del fabuloso Tahuantinsuyu, topónimo que desconocían los expedicionarios que lo denominaban como el Perú. La narración del viaje de regreso a Panamá con las noticias y las pruebas de la existencia de una tierra tan promisoría como la Nueva España, y la ida de Pizarro a la corte para solicitar una Capitulación que diera la autorización y legitimación para emprender la conquista y la creación de una nueva Gobernación en las Indias, y la organización y preparativos de la expedición y

reclutamiento de sus integrantes, completan el texto del epígrafe para dedicar el siguiente al viaje definitivo de la llegada a ese Perú cuya búsqueda había alentado los sueños de gloria del flamante Capitán don Francisco Pizarro desde que vislumbró su existencia al contemplar por primera vez junto a Núñez de Balboa la inmensidad de la Mar del Sur.

- La caída del incario y la resistencia inca constituyen en sus epígrafes 5 y 6, el tema de esa *Nueva visión de la conquista del Perú* que el autor adelanta en el título del libro. Los sentimientos y actitudes recelosas de los socios Almagro y Pizarro, encendidas por la incorporación a la hueste de los hermanos de éste último, con atribuciones preeminentes del mayor de ellos, Hernando, que menguaban las de Almagro, y las de los capitanes de las huestes que se habían incorporado a la empresa. Ellos habían aportado además de sus hombres, recursos dinerarios, bastimentos, caballos y navíos que garantizaban el acceso de vituallas y víveres muy difíciles de conseguir sobre el terreno. Y veían en peligro el logro de sus expectativas de fama y fortuna. La composición del grupo, la procedencia, edad y condición social y profesional de sus integrantes, a propósito de estas consideraciones, es objeto de un acertado análisis del autor, que en su texto y sus notas subraya el carácter económico de toda la empresa. Con una prosa ágil consigue relatar con claridad las penalidades del viaje por mar y los riesgos de la ruta terrestre para adentrarse en una geografía abrupta al encuentro del gran señor que la gobernaba en medio de una difícil crisis interna. Porque en ese momento el Tahuantinsuyu se debatía en una verdadera guerra civil entre dos de los hijos del recientemente fallecido soberano, el Inca Huayna Capac. Situación que propició el surgimiento en muchos de los grupos étnicos dominados por un rígido centralismo, de recuperar su libertad perdida. De los incidentes de esa guerra y del enfrentamiento de Huascar y Atahualpa, el vencedor que esperaba en Cajamarca la llegada de su hermano, apresado por su ejército en una última batalla, se iban informando puntualmente los españoles. También Atahualpa conocía la presencia del extraño grupo que había llegado a sus dominios desde el mar. Mira da cuenta de cómo transcurrió la marcha de Pizarro y su hueste por la sierra y su encuentro, el 16 de noviembre de 1532, en la que el autor denomina *La asonada de Cajamarca*. Un suceso bien conocido por la historiografía que el autor describe con sobriedad y que considera como “el símbolo de la incompreensión y de la incomunicación de dos mundos que acabó con la aniquilación de uno de ellos” (p. 125). Los meses de la prisión de Atahualpa y la relación con sus captores, su condena a muerte y su ejecución, y el tema del famoso Botín de su rescate y el destino de las riquezas que proporcionó a los que intervinieron en la captura, son objeto de reflexiones del autor sobre la vigencia en la historia actual del comportamiento humano ante los temas del dinero. Un mapa de la ruta seguida por la hueste de Pizarro ayuda muy eficazmente al lector a seguir la narración de la continuación del viaje desde Cajamarca a Cuzco, capital del Imperio Inca, que culminó la que denomina *Caída del Incario*, con la derrota de los ejércitos indígenas comandados por los generales de Atahualpa que no reconocieron como su nuevo Señor a otro de los hijos de Huayna Capac, llamado Manco, proclamado por Pizarro como nuevo Inca. Una hábil estrategia del Gobernador para controlar a la población indígena. Sin embargo, y fundamentalmente debido a la arrogancia y avaricia de Gonzalo y Hernando Pizarro, la

lealtad del joven Manco Inca fue efímera y poco después se erigió en el líder de una contumaz resistencia a la dominación de los españoles.

- La resistencia inca como inicio de la etapa que fue la verdadera conquista del Perú es el objeto de estudio del epígrafe 6. El episodio decisivo de la ruptura de relación pacífica entre indígenas y españoles, lo marcó el largo asedio a la ciudad del Cuzco en abril de 1533 y los ataques simultáneos a las de Lima y Trujillo del Perú, que terminaron con la huida de Manco hacia la zona selvática de Huamanga, casi inaccesible para los españoles, desde donde el hijo de Huayna Capac mantuvo un hostigamiento pertinaz contra los españoles que intentaban establecerse en la región, hasta su muerte en 1545. En este relato el discurso peca de una cierta confusión al resumir lo sucedido en un periodo largo que se continúa con el del asentamiento de una pequeña corte de los supervivientes de la nobleza incaica bajo la *soberanía* sucesiva de tres de los hijos de Manco en la ciudad de Vitcos, en la región de Vilcabamba y próxima al mítico santuario de Machu Picchu. Como muy acertadamente observa el autor, la situación de ese amago de corte ya fue más defensiva que ofensiva: el sueño de una restauración del Incario no pudo mantenerse: la élite carecía de experiencia y preparación militar, así como de efectivos para organizar una campaña bélica, y la población campesina estaba escasamente incaizada. Los incas de Vilcabamba no contaron con el apoyo de los grandes grupos étnicos que habían sustentado la hegemonía del Cuzco. Como un último apartado del relato, inciso inevitable para cerrar esa historia que concluyó en 1571, la narración se alarga hasta la caída del reducto inca ante el ataque de tropas españolas organizado por el Virrey Don Francisco de Toledo, y la captura del último de los hijos de Manco, Tupac Amaru, ejecutado tras un juicio sumárisimo el 1 de octubre de 1571. Una de las páginas más negras de la historia del Perú, cuya conquista se narra y analiza en el último epígrafe de este libro.
- El Ocaso. Como ocaso del incario más que como la definitiva conquista del Perú es como considera el autor la empresa liderada por Francisco Pizarro. Pero en realidad la plantea como lo que realmente fue: una cambiante actitud en el tono de las relaciones de los dos socios que alentaba la mutua desconfianza de ambos a propósito del reparto de poder en el ejercicio de la autoridad que cabía a cada uno en la flamante Gobernación de la Nueva Castilla, y la que se erigió en 1534 por el rey Carlos con el nombre de la Nueva Toledo encomendada a Diego de Almagro como reconocimiento de los servicios prestados en el descubrimiento y toma de posesión de la tierra. Dicha Gobernación comprendería los territorios al sur de la de Pizarro, cuyos límites no habían quedado establecidos con precisión en la capitulación de Toledo de 1529 cuando se desconocía todo sobre las dimensiones y las características de aquellas tierras. Ciertamente Mira lo hace con maestría en una síntesis clara, con un discurso razonado y bien planteado. Como él dice, la ciudad del Cuzco fue la manzana de la discordia que envenenó las posturas que llegaron a ser irreconciliables entre ambos Gobernadores. Reflexiona con lucidez sobre el tema y la legitimidad de las pretensiones de Almagro y los intentos no muy sinceros de los dos antiguos compañeros de armas por encontrar una solución razonable que no fue posible, y terminó en un enfrentamiento armado alentado por sus respectivos seguidores. En abril de 1538 se libró la batalla de las Salinas en las proximidades del Cuzco, y en ella el bando almagrista en el que militaba el hijo de

Almagro sufrió una derrota definitiva con el apresamiento del Mariscal, título que había otorgado el rey al gobernador de la Nueva Toledo y con el que se refiere a él la documentación de la época. Su encarcelamiento y ajusticiamiento posterior por orden de Hernando Pizarro y la saña con la que se persiguió a sus seguidores y a su hijo Diego de Almagro *el Mozo*, generaron un resentimiento y un afán de venganza que se cumplió con el asesinato de Francisco Pizarro en su casa de Lima en junio de 1541. De todos estos sucesos da cuenta el final de esta narración muy bien elaborada.

Un epílogo cierra esta historia con la sucinta mención a la actuación de Gonzalo Pizarro tras la muerte de su hermano, proclamándose como gobernador del Perú e ignorando la autoridad de los enviados por la Corona desde la corte, en una franca rebeldía que solo terminó después de siete largos años de guerras civiles en el virreinato que comprendió las dos primitivas Gobernaciones en litigio. La derrota de rebelde, del que se hizo justicia después de su derrota en la batalla de Jaquijaguana marcó el final del dominio de los Pizarro en el Perú. La suerte de *Los descendientes en España* y la *Perpetuación del Linaje*, completan el texto de este epígrafe.

En la conclusión final el autor expone su juicio personal sobre las circunstancias en las que se debatió la caída del Incario y sus consecuencias. Se advierte una valoración crítica de tono radical no solo de los protagonistas, sino de los objetivos de la Corona en los que denuncia una postura colonialista de carácter intransigente, remitiéndose a textos de autores que consideran que “en aquel negro siglo las verdaderas bases de la riqueza y del poder de los imperios solo se pensaba en saquear las colonias y arrastrar sus riquezas a la metrópoli” (p. 203). Y le parece que esta afirmación del autor de la cita, tomada precisamente de una obra sobre Pizarro, se ajusta bien a la realidad. En este bien documentado libro no hay alusión alguna a la sólida historiografía sobre la acción colonizadora, que no colonialista, de la Corona española, que, desde ese *negro siglo*, se esforzó precisamente por evitar y corregir los inevitables excesos y omisiones de quienes debían imponer, respetar, y hacer respetar una unas leyes de Indias en una denodada lucha por la Justicia en la conquista de América. Lo que no significa una merma en la valoración de este libro que contribuye a enriquecer la bibliografía extensísima sobre la figura de Francisco Pizarro.

Concepción Bravo Guerreira
Universidad Complutense de Madrid (España)